

Mas pues quieres principio y causa junto
saber de nuestro amor con tanto anhelo,
vas á verme llorar y hablar á un punto.

Leíamos un día por consuelo,
cómo fué Lancelot de amor herido:
solos éramos ambos, sin recelo.

Cien veces á llorar nos ha movido,
y á perder la color del libro el arte;
mas un punto no más nos ha perdido.

Cuando á leer llegábamos la parte
do aquél bebe de amor el beso blando,
éste, que ya de mí jamás se aparte,

la boca me besó todo temblando.
Galeoto^o fué el libro, y aquel día,
ya nada más leímos.—Así hablando

un espíritu, el otro tal gemía,
y con tan hondo llanto, que me trae
piedad inmensa á extremo de agonía;
y caí como cuerpo muerto cae.

CANTO VI

Recobrado el sentido, se halla el Poeta en el cerco tercero, en el que se castiga el vicio de la gula con la pena de ser batidos los condenados por una fortísima lluvia mezclada de grueso granizo, y ensordecidos al mismo tiempo por los horribles ladridos de Cerbero, que además los desgarran con uñas y dientes. Entre esos infelices encuentra á su compatriota Ciaco, con el que se entretiene hablando de las cosas de Florencia.

Al cobrar la razón que hube perdida
de piedad por aquellos deudos caros
que así el alma dejáronme abatida,

doquiera que los ojos vuelvo claros,
sólo llego á mirar, doquier me mueva,
atormentados y tormentos raros.

Pasa que en este espacio siempre llueva,
y esta es la tercia región horrible, aleve,
que modo y calidad jamás renueva.

Granizo espeso, y agua turbia, y nieve
cae por la oscura atmósfera perversa,
y repudre la tierra que la bebe.

Cerbero, fiera á las demás diversa,
allí trifauce can se encoleriza,
cruel con la postrada gente inmensa.

Roja es su vista, inmundo pelo eriza,
ancho su vientre, uñas son sus manos:
las almas troncha, pela y descuartiza.

Ladrar las hace el agua como alanos,
y por guardar un flanco, el otro entregan
cada instante los míseros profanos.

Cuando ve el gran reptil á los que llegan,
las golas abre, y crudo en sus afanes,
los miembros todos de su cuerpo juegan.

Mi guía aquí, con bajos ademanes,
juntó tierra, y las manos de ella hinchendo,
la echó en la boca á los rabiosos canes.

Como el mastín que aullando está y gruñendo,
y así que agarra el pasto que le dieran,
calla, al grato comer sólo atendiendo;

las gordas, roncadas fauces así hicieran
del monstruo que las almas atronaba
de modo tal que ensordecen quisieran.

Íbamos por entre esas que agobiaba
la lluvia, y nuestras plantas oprimían
el vacío que cuerpos figuraba.

Esas por tierra allí todas yacían:
mas una se arrodilla así que advierte
que ya á pisarla nuestros pies venían.

—¡Oh tú que á tal mansión trajó tu suerte!
(me dijo) ¡reconóceme, si sabes:
antes tú fuiste á vida que yo á muerte?—

Y yo:—Los daños que te oprimen graves
te habrán cambiado tanto, que á mis ojos
parece que hoy de presentarte acabes.

Dime, pues, tú quién eres, la de hinojos,
que aquí padeces con tan tosca pena
que no la hay, si mayor, de más enojos.—

Y respondiome:—Tu ciudad, tan llena
de envidia atroz, que se la vierte el saco,
con la vida me dió su luz serena.

Los compatriotas me llamasteis *Ciaco*¹,
y, por el vicio torpe de la gula,
bajo este cielo me confundo opaco.

Ni solo estoy, que á todas se regula
las almas que aquí están, igual tormento,
por vicio igual que en vida nos adula.—

—Tu angustia, *Ciaco*, tan de veras siento,
que me arranca las lágrimas (le dije):
mas ¿no podrás decirme á qué momento

los ciudadanos que el furor dirige
vendrán, y si hay quien la justicia escucha,
y por qué así discordia los aflige?—

Y respondió:—Tras empeñada lucha
vendrá el acero, y el montés partido²
lanzará al otro con ofensa mucha.

Y éste caerá á su vez, y el ya vencido
al sol tercero³ volverá triunfando,
por uno que hoy blande sostenido⁴.

Y largo tiempo se alzaré en el mundo,
y hará que su rival su suerte aciaga
viva, y su largo oprobio devorando.

Dos justos hay⁵, mas su virtud no halaga;
soberbia, envidia y lucro codicioso,
son los tres males de Florencia plaga.—

Puso aquí fin al eco lagrimoso,
y repliquéle:—Aun más quiero me cuénten:
préstame aún más tu labio generoso.

Farinata y Tegiazo, tan valientes,
Jacobo Rusticucio, Mosca, Arrigo⁶,
y otros á hacer el bien tan diligentes,

¿dó están, dime? Feliz si yo consigo
su destino saber, y si es que adoran
á Dios allá, ó acá sufren castigo.—

—Entre las almas más inicuas moran
(me dijo) del infierno en lo más hondo;
si tanto bajas, las verás cuál lloran.

Pero de mí, infeliz, que aquí me escondo,
¿hablarás al volver al dulce mundo?
Ni más te digo ya, ni más respondo.—

Luego embizó los ojos iracundo,
me contempló un instante, y con la frente
dió cual los otros en el fango inmundo.

Y prorrumpió mi guía:—Aquí durmiente,
mientras del ángel el clarín no zumba
yacerá, y cuando aquel venga esplendente,

cada cual buscará su triste tumba,
carne y figura cobrará, y el duro
fallo sabrá como eternal retumba.—

Así pasamos por el mixto impuro
de sombras y de lluvia á pasos lentos,
tocando un tanto en el vivir futuro.

Y le dije:—Maestro, esos tormentos
que sufren hoy, tras de la gran sentencia,
¿menos crudos serán, ó más violentos?—

Y replicó:—¿No sabes por tu ciencia
que cuanto es más perfecta una substancia
más sensible es al bien y á la dolencia?

Así toda esa turba en malandancia,
como no ha de ir á perfección su estado⁷,
piensa en el juicio eterno hallar ganancia.—

Cuando hubimos en torno el cerco andado,
más cosas revolviendo que hora digo,
nos vimos que el descenso era abocado,
y estaba Pluto⁸ allí: ¡fiero enemigo!

CANTO VII

Los Poetas encuentran á la entrada del cuarto cerco al señor de las riquezas, que con extrañas voces trata de espantarlos: pero Virgilio le tranquiliza y baja con su alumno á ver el castigo de los pródigos y de los avaros, que empujan con el pecho, para que rueden, enormes pesos, y se chocan con ellos unos contra otros; porque están formados en dos grupos separados, de los que cada uno ocupa una semicircunferencia del cerco. Explica Virgilio lo que es la fortuna, y luego bajan al quinto cerco, donde está la laguna Estigia, en la que padecen empantanados los iracundos, y debajo los perezosos.

*Papé Satan, aleppe*¹, el fosco labio de Pluto comenzó con voz airada; y aquel vate gentil, que fué tan sabio,

dijo por darme ardor:—No temas nada, que, por poder que tenga, es fuerza poca de ese cerco á impedirte la bajada.—

Y vuelto luego á aquella hinchada boca, le grita:—Calla, lobo maldecido, y entre ti con tu rabia te sofoca:

que aquí no vano nuestro viaje ha sido; y así lo quieren do Miguel fué un día vengador del estupro² aborrecido.—

Como el velamen cae que el viento henchía si troncha el mástil y de muerte amaga, tal á tierra cayó la fiera impía.

Y á la cuarta región fuimos aciaga, más y más penetrando al reino esquivo que los males del mundo todos traga.

¡Ay, justicia de Dios, y cuánto vivo dolor, trabajo, angustia ver me toca!
¡Que á tanto dé nuestra maldad motivo!

Cual allá de Caribdis en la roca ola con ola estréllase bramando, así la triste gente aquí se choca.

Y almas vi por ejércitos clamando de dos contrarias partes muy resueltas de pecho á fuerza pesos volteando.

Con furia se encontraban, y atrás vueltas al tremendo rebote cada una,
¿Por qué aprietas? (gritaba) ó *¿por qué sueltas?*

Volviendo luego por la estancia bruna, de cada mano hacia el contrario punto, sin dejar el refrán alma ninguna;

para tornar, ya un radio al otro junto, al choque opuesto y la eternal palestra.
Y yo, que del dolor era trasunto,

á mi guía le dije:—Ora me muestra qué gente es esa, y si al altar sirvieron aquellos tonsos de la izquierda nuestra.—

Y él respondiome:—De la mente fueron todos calvos de modo allá en la vida, que ningún gasto con medida hicieron.

La voz lo cacarea repetida cuando se chocan de este y de aquel lado do inversa culpa de apartarlos cuida.

Los que ves del cabello tonsurado, clérigos son, y papas, cardenales, que á la codicia vil se han entregado.—

Y dije yo:—Señor, entre los tales, acaso á conocer alcance algunos que sucios vi de tan inmundos males.—

Y él á mí:—Vano intento te propones; pues un vivir que á la razón no escucha, llega á borrar del hombre las facciones.

Siempre eterna será de ambos la lucha, y aun saldrán del sepulcro, éste sin pelo, cerrando el puño aquél con fuerza mucha.

Mal dar y mal guardar, del almo cielo les privan, y á esas luchas los estrechan. ¿Qué te diré de mal tan sin consuelo?

¡Aquí ver puedes, hijo, qué aprovechan los bienes que administra la fortuna, porque los hombres sin piedad se acechan!

Que todo el oro que hay bajo la luna, ó el que esas almas junto han poseído, no bastaría á redimir ni una.—

—Cuéntame, pues (le dije), ya que has sido tú el que á nombrar á la fortuna avanza, ¿quién es ella, que al mundo así ha vencido?—

Y replicó:—Criaturas sin mudanza, ¡cómo vuestra ignorancia se trasciende! Mame ora aquí tu boca mi enseñanza.

Aquél cuyo saber doquier se extiende los cielos hizo, y dió quien los rigiera, con arte tal, que un globo y otro esplende⁴,

igual la luz vertiendo en cada esfera. El también á los órdenes mundanos señaló quien rectora y numen fuera.

Y es esa quien los bienes suelta vanos por pueblos ó por raza, ó los reserva sin que á oponerse basten los humanos;

que una gente domina y otra es sierva, á voluntad de aquella que se oculta cual la muda culebra entre la hierba.

Vuestro saber ante ella se sepulta; y, cual los otros divos⁵ sus imperios, rige el suyo, y previene, abate, exulta.

Son sin tregua sus cambios los más serios, el ser veloz necesidad la impone, y si el mal es un bien son sus misterios.

Esta es aquella á quien en cruz se pone por el que en vez de honrarla cual debiera, causa que todo labio la baldone.

Y ella no escucha nada, y plentera,
y con los otros ángeles beata,
en sí se goza, y vueltas da á su esfera.—

Mas vamos á región aun más ingrata.
Ya caen las estrellas que altas vimos⁶;
y el estar aquí mucho se nos ata.

Del cerco, en esto, al fin cortando fuimos,
y junto á un cauce bullidor, que cae
en un foso que él labra, descendimos⁷.

Mestiza es de color la agua que trae,
y nosotros, siguiéndola vecina,
en vía entramos do el valor decae.

Allí, cuando al tocar playa malina
ese negro riacho y triste acaba,
forma un lago que Estigio se nomina.

Yo que sin pestañar le contemplaba,
vi entre sus limos enfangadas gentes,
en cueros todas y con vista brava;

que no sólo con manos combatientes,
mas se herían con pies, pechos, cabeza,
y arrancándose trozos con los dientes.

Y el maestro me dijo:—Esa fiereza
marca los que pecaron por la ira
y quiero sepas con cabal certeza

que bajo el agua hay gente que suspira,
y lo muestra, subiendo acá á lo sumo
cada burbuja que crecer se mira,

y dicen desde el limo: *Nuestro zumo
tristes nos hizo aún bajo el sol que alegra,
de la desidia con el lento abrumo:*

¡ora lloremos en la charca negra!
Tal himno en sus gargantas se atoroza
y ni aun acaba con palabra integra.—

Así gran parte de la hedionda poza,
un arco haciendo, en derredor giramos,
mirando á los que ensucia inmunda broza;
y luego hacia alta torre enderezamos.

CANTO VIII

Mientras los Poetas giran alrededor de la laguna, Flegias, á quien le han dado la señal, acude con su barca para pasarlos á la ciudad de Dite. En este tránsito encuentran á Felipe Argente. Llegados á la puerta de la ciudad, los demonios se oponen furiosos á su entrada. Trata Virgilio de aplacarlos; pero en vano, porque les cierran la puerta. Entonces el maestro, aunque inquieto también, asegura al alumno que vencerá esta prueba, y que ya va á venir quien les socorra.

Y digo, prosiguiendo, que recorre primero nuestra vista que lleguemos la extrema altura de la excelsa torre.

Y allí dos luces encenderse vemos, y otra, de seña, responder lejana, la cual apenas distinguir podemos.

Y yo, vuelto á aquel mar de ciencia humana, —¿Qué pregunta este signo, y qué responde aquél (le dije), y quién los dos hermana?—

Y él: —Si tu vista tiéndese por donde se dilata el pantano, á quien espera verás, si su vapor no te lo esconde.—

No de la cuerda así flecha ligera por los aires corrió veloz silbando, cual yo vide hacia nos barca ligera

por el agua volar, la cual guiando un galeote no más solo venía,
¿Llegas, alma perversa, ó no? (gritando).

—Flegias¹, Flegias (le dijo mi buen guía), al aire esta vez gritas: ten sosiego: nos tendrás sólo al paso en compañía.—

Como el que escucha que engañoso juego le han hecho, y se exaspera al enterarse, Flegias se puso así de rabia ciego.

Descendió mi maestro sin notarse en la barca su peso, pues cargada sólo al hacerme entrar pareció hallarse.

Y cuando en ella fuimos, más calada² que suele de común la vieja prora por la muerta laguna va empeñada.

Mientras el agua sulcamos malodora, me sale un alma á mí de fango llena,
¿Quién (diciendo) eres tú que vienes ora?

—Si vengo (repliqué) no es por condena.
¿Y tú quién eres, sucio de ese modo?
Mira que soy (me dijo) uno que pena.

Y yo á él:—Con tu pena y con tu lodo, quédate, ejemplo de ánimos insanos; que te conozco aunque embrozado todo.

Tendió entonces al bordo las dos manos; pero mi guía lo desprende y grita:
—*¡Anda ve con los perros tus hermanos!*—

Y á mi cuello después se precipita,
me besa el rostro, y dice:—¡Alma dignosa³
la que en su seno te llevó bendital

Ese en el mundo fué criatura odiosa;
nunca ejerció del bien el ministerio,
y es por eso su sombra aquí furiosa.

¡Cuántos arriba habrá dueños de imperio,
que aquí vendrán cual cerdos á porquera,
tras sí dejando sólo vituperio!—

Y yo:—Maestro, plácido me fuera
el mirarle atollarse en esa broza,
antes que nuestra quilla alzarse viera⁴.—

Y respondió:—Primero que la poza
lleguemos á pasar, tan grato empleo
tu vista ha de tener, si en él se goza.—

Y así fué, que bien pronto vi el ojeo
que de él hacía la fangosa gente;
y alabo á Dios que me cumplió el deseo.

Todos gritaban: á Filipo Argente⁵,
y el florentino espíritu furioso,
de despecho en sí propio hincaba el diente.

Mas quede aquí el decir de aquel rabioso:
que ora en oído vibran ecos tales,
que me hacen dilatar la vista ansioso.

Y el maestro:—Hijo mío, á los umbrales
llegas de la ciudad que llaman Dite,
con chusma inmensa y altos oficiales⁶.—

Y yo:—Maestro, sí: veo que admite
la val adentro⁷ un mundo de mezquitas,
rojas como el metal que se derrite.—

Y él:—Las viviendas (respondió) malditas,
así enrojecen las que el bajo Infierno
siempre allí acopia hogueras infinitas.—

Pronto llegamos luego al foso externo
que cerca la mansión desconsolada:
de hierro parecióme el muro eterno.

No sin hacer primero gran girada,
llegamos á lugar do el patrón fuerte:
—*Ea, salid* (nos dijo): *esta es la entrada*.

Sobre la puerta allí la vista advierte
grupo que llovió el cielo; el cual fogoso
gritaba:—*¿Quién es ese que sin muerte*

ve el reino de los muertos pavoroso?
Y mi sabio rector hízoles muestra
que de hablarles aparte está ganoso.

Eso un tanto calmó su ira siniestra,
y dijeron:—*Tú ven, y al otro envía,*
que tan audaz pisó la tierra nuestra.

Vuélvase solo por la loca vía,
y pruebe si sabrá: tú has de quedarte,
que en el viaje fatal le fuiste guía.

Cuál me quedara yo, puedes pensarte,
lector, oyendo las palabras crudas;
que juzgué nunca más esto narrarte.

Y—¡Oh mi guía! (exclamé) que de tan rudas
fatigas me libraste y protegiste,
disipando mis miedos y mis dudas,

no, por Dios, me abandones así triste;
y si el ir más allá me es prohibido,
vuélveme más veloz que me trajiste.—

Y el que hasta allí mi planta ha conducido:
—Ten (me dijo) valor, que nuestro paso
á ninguno impedir le es permitido.

Mas aguárdame aquí, y el pecho laso
dulce esperanza anime y alimente,
que no te dejo en el funesto caso.—

Y en esto vase, y déjame doliente
el dulce padre, y mi alma es indecisa,
que el no y el sí batallan en mi mente.

No oí lo que les dijo: mas divisa
mi atención que es con ellos breve instante,
y que adentro se acogen con gran prisa.

Y echan la puerta á mi señor delante,
y él fuera queda, y vuelve hacia mí lento
con corto paso y tétrico semblante.

Bajos los ojos trae, y el ceño exento
de vano orgullo, y suspirando dice:
—¿Quién la mansión me veda del tormento?—

Y á mí:—No tu virtud se atemorice
mi enojo al ver, que la victoria es mía,
por defensa que adentro se organice.

No ya nueva es en ellos la osadía,
que con la puerta usáronla primera^s,
y están rotos sus goznes todavía.

Sobre esa viste la inscripción severa...
Mas ya desde ella acá los cercos pasa,
rompiendo solo por la noche fiera,
quien ha de abrirnos la tartárea casa.